

¿Tiene usted ya

el lujoso

ALMANAQUE

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

(cubiertas cartón y papel tela)

**para coleccionar las
postales del año 1924?**

¡ÉXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODA
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA.-TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 135

25 cts.



UNA FLOR
DEL CAMINO

por
Virginia Valli
y Frank Mayo

FilmoTeca
de Catalunya

VIDOR, King

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 135

Una flor del camino

(WILD ORANGES, 1924)

SENTIMENTAL PRODUCCIÓN INTERPRETADA
POR LOS POPULARES ARTISTAS

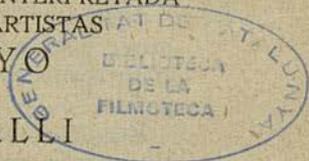
FRANK MAY

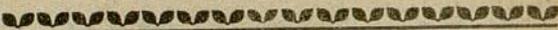
Y

VIRGINIA VALLI

Goldwyn Cosmopolitan Corporation
Rambla de Cataluña, 122
Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ARLETTE MARCHAL





UNA FLOR DEL CAMINO

Argumento de la película de dicho título

Amaneció el día pletórico de galas. Sol de Primavera coqueta, verdes caminos y cantos del mundo en el ambiente. Deseo de vivir.

El matrimonio Woolfolk, americano de buena cepa y con buena fortuna, se dirigía desde su hacienda—en la que tenían cobijo centenares de obreros—a la de los padres de Margarita, la mujer.

Juan llamábase el marido; era, como ella, joven y animoso, y su más grande ideal había sido realizado al elegir a Margarita por compañera.

Reciente aún la boda, la existencia de ambos seguía siendo la continuación de la más dulce luna de miel.

Amábanse sin freno, con la pasión locamente pueril del verdadero cariño.

No había para Juan joya de más valor que su esposa.

Margarita había confiado siempre encontrar en su marido la máxima dicha, pero jamás pensara que la adoración en que la tenía

Juan la meciera de continuo, como en un sueño, en el inefable goce de la más tierna felicidad...

Nada podía obscurecer aquel cielo azulado bajo el que vivían, pues como el suyo, los amores fuertes saben vencer los obstáculos que, a veces, tiende a ciegas la Fatalidad...

Pero existe una fuerza invisible y no menos cruel, que destruye los más sólidos castillos contruídos por la ilusión.

La Tragedia acechaba en silencio.

El carruaje en el que iban Margarita y Juan rodaba por la carretera de la vecina aldea. Los sólidamente herrados cascos del brioso tronco torturaban con firmeza el empolvado suelo, levantando un sonoro y rítmico tac tac.

El rumor de las engomadas ruedas y de la caricia del viento—que tibiamente soplaba con cierta presión—, adormecían los sentidos de la amante pareja.

De súbito, como preparada amenaza de un saltador de caminos, un pedazo de papel de periódico voló, a impulso del aire, de los pies de los caballos—prontos a pisarlo—hasta la cuneta de la carretera.

El rápido movimiento del papelote asustó a los animales, que emprendieron fatal carrera.

Margarita cerró los ojos llena de temor y agazapóse en su asiento, mientras Juan, presa de fiebre de salvadora dominación de los encabritados caballos, enrojecía al titánico esfuerzo que aportaba en tal idea.

La gravedad del repropio de las caballerías era de muerte; pero, al fin, Juan, libertándose de un horrible peso que achicaba su corazón, sintió como aquéllos se doblegaban al maltrato de la brida, que se hundía hiriente en sus quijadas.

Sin embargo, nunca más latente la desgracia.

En efecto, a causa de la brusca parada del carruaje, Margarita, completamente desprevenida, no pudo evitar su violento despido del pescante, y desplomóse aparatosamente en tierra a unos metros de los propios caballos.

Juan—incapaz de detener la obra del Destino, pues la caída de su esposa fué rápida como zigzaguo de rayo—arrojóse temerariamente del carruaje para acudir en su auxilio.

Mas ya todo intento, deseo y sacrificio eran nulos: Margarita había perdido el alma.

—¡Margarita, Margarita!—la llamaba Juan con acento desgarrador.

Y como ella no le respondiera por más que se lo rogó, Juan, anonadado, ebrio de desesperación por la ruina de su más caro ideal, por la fuga del amor de sus amores, clamó roncamente:

—¡¡Socorro!! ¡¡Socorro!!

Las voces siniestras perdiéronse en el ambiente de sol, de verde vegetación y de melancolía.

Por un momento habíase roto el encanto de aquel día primaveral... pero, de vuelta la calma, tornó el rumor de las frondas, el canto de

los que anidan retozones en los árboles, el murmullo de un inquieto manantial y la poesía de la vida en el campo en Mayo.

Sólo entremezclábase a esa manifestación de beatífico vivir, el llanto convulso de un hombre abrazado al cuerpo inerte de la mujer que fué su diosa...

*
* *
*

Durante los tres años siguientes, Juan busco olvido para sus penas.

Un hermano suyo, de pocos años menos que él y dotado de mucha voluntad e inteligencia, prometiérale encargarse con mil amores de la importante hacienda durante su ausencia.

El prematuro viudo hizo algunos viajes por el extranjero, pero su resultado no representaba más que unos escasos días de distracción. El recuerdo de la desaparecida esposa le seguía a todas partes.

Decidido a probarlo todo, durante una temporada, Juan adquirió un yate para pasear en él por la inmensidad del Océano su misantropía.

Pablo, viejo marino y buen amigo de Juan, le acompañaba en su triste expedición en pos del olvido, oficiando de cocinero, grumete y ayuda de cámara.

¿Adónde iba la blanca embarcación? No se sabía. Navegar y navegar. El rumbo no interesaba.

Cierta mañana, necesitados de algunas provisiones, el "Yanqui"—que así se llamaba el

yate—arribó a una rada de la costa de Georgia.

Con la poderosa ayuda de sus prismáticos, Juan vió erigirse cerca de la pintoresca y solitaria playa un caserón.

—Allí podrán darnos agua—dijo a Pedro.

—¿Quiere usted que vaya a por ella?

—A mi regreso, pues quiero antes explorar yo mismo el lugar.

Pedro descolgó hasta el líquido lecho un bote y en él ganó Juan la playa.

Apenas a la vista de los habitantes del caserón, éstos huyeron a encerrarse en él.

¿Quiénes eran esos seres tan temerosos de los desconocidos?

No es largo citarlos: un anciano, Leopoldo Stone, víctima de un constante delirio persecutorio; y Margarita, nieta del maníaco, primorosa flor en capullo pugnando por abrir a la vida su cáliz de ilusiones...

—¡Ven, Margarita, escóndete conmigo! ¡Cierra la puerta! ¡Ese hombre no debe vernos!

—Pero, abuelo, ¡si no es Bernardo! ¡Déjale que se acerque a nosotros y nos diga a qué viene!

—¡No, Margarita, no! ¡Debemos rehuir la presencia de ese intruso! ¡Ven, hija mía, ven!

La adolescente obedeció al anciano empavorecido, y juntos desaparecieron en la misteriosa casa.

Juan, ajeno al temor que su aparición en la inhospitalaria isla inspiraba a aquéllos, inter-

nábase en el jardín que rodeaba la herméticamente cerrada mansión.

Su extrañeza de no encontrar a nadie hasta allí acrecía por momentos.

¿Acaso en la isla no había una sola alma?



Margarita, primorosa flor en capullo pugnando por abrir a la vida su cáliz de ilusiones...

¡Imposible! Ciertas plantas y enseres de labores campestres, daban señales de tener dueño.

Margarita, burlando la vigilancia de su abuelo, abrió una puerta del caserón y obser-

vó los menores gestos del marino—oculta de él.

La expresión del rostro de Juan no sobresaltó el ánimo de la doncella, y la contemplación seguía en silencio.

En tanto, Juan, habíase detenido ante unos naranjos, hijos de aquella costa, cuyos frutos, de punzante acidez al principio, dejan a poco de haberlos probado, una sabrosa sensación de



En tanto, Juan, habíase detenido ante unos naranjos...

frescura.

Así lo reconoció el misántropo, logrando calmar agradablemente su sed.

Margarita—en cuya alma sentía que más allá de la isla se alzaba un mundo mejor que el suyo—experimentaba un placer inexplica-

ble viendo a pocos pasos de sí a un hombre como los que ella imaginara.

Llevada a él por un poder íntimo, Juan fué sorprendido en delito de hurto de naranjas, pero no llegó a asustarle la linda carita que le miraba.

—Perdone, señorita... Yo...

Bajo la perniciosa influencia de la monomanía de su abuelo, Margarita retrocedió al avanzar a ella Juan.

No obstante, sus titubeos fueron breves y mostrósele serena—aunque no lo estuviera por completo.

—¿Qué desea usted, señor?...—pudo, al fin, preguntarle.

Juan notó que las mejillas de Margarita se arrebolaban y puso en sus palabras el más escogido acento.

—Vine a tierra con el propósito de ver si había aquí agua potable y me detuve a probar unas naranjas...

—¿No conocía usted esta isla?

—Jamás me preocupó su existencia... La casualidad me trajo a ella.

—La necesidad dijo usted antes.

—Eso es... La falta de bebida sana en mi yate.

—Pues yo soy la nieta del propietario de este caserón.

—¿Eso significa que debó dirigirme a su señor abuelo?

—No es necesario... Nuestra agua es suya,

señor... y puede usted comer las naranjas que apetezca.

—Muchas gracias, amable señorita... y adiós. Mandaré en seguida a mi ayudante con el barril...

—¿No volverá usted?

—No soy explorador...

—Entonces ¿qué es usted?

—Un amante del mar.

—Yo le creía a usted comerciante. A esta isla, por el otro lindero, han llegado compradores de productos, que elaboran los indígenas. Yo no los he visto nunca, pero mi abuelo sí, desde lejos, pues Bernardo le impidió acercarse a ellos.

—¿Quién es Bernardo, señorita?

—Es verdad: no conoce usted—pues no los ha visto—ni a mi abuelo ni al otro. Ellos y yo somos los tres seres que habitamos esta parte de la isla. Antes de llegar Bernardo aquí, mi viejo abuelo tenía tratos comerciales con los indios, y confiaba amasar, para el día de mañana—y de eso hace muchos años—una regular fortuna para llevarnos a mi madre—que en el seno de Dios esté—y a mí a su país, donde hay luces por las noches. Pero, Bernardo, llegó como de milagro un día, y desde su aparición no ha habido reposo para mi pobre viejo ni sosiego para mí. Es un bruto. Si el azar ha permitido que le viera a usted conmigo desde donde se encuentre en este momento, es capaz de venir a impedirnos que sigamos hablando.

—En este caso, señorita, y como además yo

tengo *muchas ocupaciones* a bordo, considero oportuno librarla a usted de mi presencia.

—¡Oh, yo no temo a Bernardo!

—El recelo de su abuelo debe tener fundados motivos.

—No lo crea usted. Mi enfermo anciano no le conocía cuando le vió presentarse en la isla.

—En fin, señorita, usted perdone...

—¿Se marcha usted ya? Claro que no debe interesarle todo eso... Si se lo conté fué porque es usted la única persona a quien veo en mi soledad de larga fecha, y paréceme sentir alivio en mi acumulado pesar.

—No hay ser sin penas en este mundo... Debemos compadecernos unos a otros.

—¿También usted sufre?

—¡Bah! ¿A qué amargar más el dolor con los recuerdos? Guárdese cada cual el suyo y que el destino consuma su obra. Adiós, señorita. Debo regresar a mi yate.

—Llévese estas naranjas y acuérdese de mí cuando las coma...

—Las acepto agradecido.

—Adiós, capitán.

—¿Qué mira usted en mí?

—Eso... ¿qué es?

—Son las iniciales de mi nombre. Yo me llamo Juan Woolfolk.

—Pues yo me llamo Margarita Stone.

—(¿Margarita?)

A la mente de Juan acudió con más firmeza que nunca el rostro de su inolvidable esposa y, sumido en profunda meditación, alejóse de

la ingenua doncella, camino de la playa, y sin volverle a dirigirle un último saludo, hízose a la mar en el bote.

Margarita, embelesada, siguióle con la mirada hasta perderle en la distancia...

Bernardo, desde una espesura, espiaba a la flor que pugnaba por ofrecer sus pétalos a la caricia de la vida, y la idea de que alguien pudiera arrancarla de su tallo, era como una brasa peligrosa para el ardor de sus feroces instintos.

* * *

De vuelta en su yate, Juan rebelóse a la simpatía con que de improviso se detuvo a pensar en Margarita—tal vez porque la candorosa adolescente se llamaba como la desaparecida—, y tal que si juzgara punible comparar a su esposa con otra mujer, arrojó al agua las naranjas que le diera la solitaria, y sanéó su espíritu, devolviéndoselo íntegro a la muerte.

Pedro frunció el ceño al ver a su jefe preocupado, y preguntábase la causa que podía motivar su exacerbado ensimismamiento.

Aquella noche, Margarita soñó que Juan había llegado a la isla para arrancarla a su tedio y llevársela a correr mundo con él. Fué un sueño encantador... pero sólo en sueños podía ser feliz la hermosa joven.

Con un cielo despejado y un lindo buque en la rada, nunca hubo mañana tan espléndida para Margarita en cuya alma alborozaba

la alegría por la comprobación de que aun estaba cerca de ella Juan.

Pero la compañía, el trato amistoso, el chispazo de civilización que Margarita saboreó la víspera y quisiera perpetuar, era precisamente lo que Bernardo intentaba destruir con la mirada.

Roído por unos celos brutales, el salvaje blanco la sorprendió en su contemplación desde la playa del yate desconocido.

—¡Margarita!

—¡Eh! ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Qué quieres?

—¿Por qué miras de ese modo hacia esa embarcación? ¿Tan amena te resultó la plática de ayer con el marino ese?

—¿Por qué lo dices?

—No parece sino que deseas que te vea para que vuelva.

—¿Y en eso—admitiendo que fuera cierto—qué mal habría?

—Que te quiero a cegar, bien lo sabes. Hoy añado, que no consentiré nunca que otro ponga sus ojos en los tuyos.

—No hacen mella en mí tus palabras. Yo no soy mi abuelo, hartó te lo he demostrado. No tienes ningún derecho sobre mí, y por lo tanto te exijo que no te ocupes de mí para nada.

—Se breve, como yo. Te gusta más ese marino. Claro lo veo. Pero he aquí mi respuesta.

—¿Qué haces? ¡Déjame!

—¡Dame un beso, mujer! ¡No ves cuánto te amo!

—¡Oh, nunca! ¡Si me das asco!

—¡ Ah, ingrata! ¡ Te resistes siempre y hoy más que nunca porque te ha cegado la conversación de ese intruso del diablo! ¡ Pero, ¡ ¡ basta ya! ¡, hoy me besarás, o te dejaré en mitad de la ciénaga!

—¡ No, no hagas eso!

—Bésame entonces.

—¡ Te odio!

—Pues, para que lo pienses mejor, ahí te quedas. Los caimanes no tardarán en lamerte los pies.

Margarita, loca de terror, fué depositada por Bernardo—que la levantara en sus velludos brazos—sobre una piedra hundida en un paraje encenagado y cuya superficie asomábase a unos veinte centímetros del nivel de la charca.

El salvaje sentóse a la orilla de ese lugar morado por los terribles anfibios, y reíase de la desesperación de Margarita.

Dos caimanes rodearon la roca en la que ella estaba de pie, y enhestaron sus mandíbulas con ademán de atraerse la apetitosa presa.

Vencida por el miedo a los reptiles, Margarita imploró piedad a Bernardo, y éste se la tuvo previa conformidad de la doncella de pagarle con un beso.

Sacada de la ciénaga en brazos del bruto—que ahuyentó con una vara a sus *cómplices*—, Margarita cerró los ojos y posó sus puros labios en su barbudo rostro.

—Así, mujer. ¿ Has visto qué poco te ha costado?

Margarita no le contestó. Echó a correr hacia su casa. Bernardo la dejó marchar, acariciándose la parte de su antipática figura besada por la doncella.

De acuerdo con Juan, su ayudante Pedro puso pie en la isla, con un barrilete. Iba por agua.

El maníaco Leopoldo Stone, sugestionado por el miedo cerval que le producía Bernardo, huía a la vista de cualquiera, porque a todo el mundo consideraba como enemigo.

Pedro, intrigado de no encontrar a nadie en torno al éaserón o en sus inmediaciones, a pesar de ver balancearse una mecedora en la terraza de la casa, detalle evidente de que alguien acababa de levantarse de dicho asiento, internóse hasta el depósito de agua, que vió a algunos metros más lejos.

Los ladridos de un perro hiciéronle volver la cabeza.

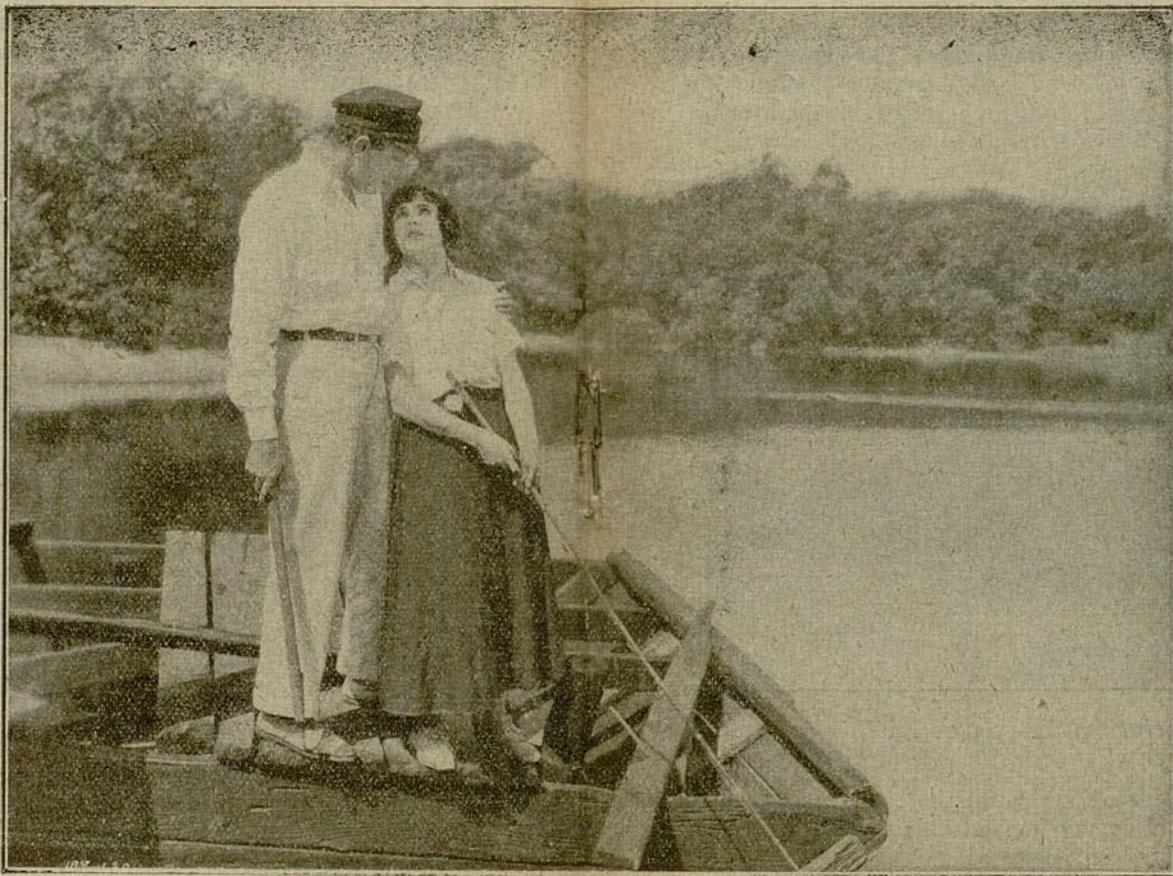
Vió a Yaks, el perro favorito de Margarita, que con su instinto no humano, pero más racional que el de Leopoldo, manifestaba un odio implacable al feroz Bernardo, al pasar junto a la perrera.

—¿ Quién será ese feísimo tío que viene hacia mí con esa cara?—preguntóse Pedro.

Rápida fué la respuesta.

Bernardo adelantó hacia él hasta tenerle al alcance de su mano, y lo recibió así:

—¡ Ya sé a lo que te ha mandado tu amo, pero no contó con que aquí mando yo y nadie más! ¡ Vete si no quieres que te escarmiente!



—Habla usted como una niña.

—No sé hablar de otro modo... Lo que quiero decirle es que no se vaya.

—¡Hombre, esto tiene mucha gracia, y te aviso, salvajazo, que aunque llevo casquete, ya no voy a la escuela. ¡Estaríamos apañados!

—¡Basta! ¡Aquí no hay agua para vosotros, ni mucho menos lo que tu amo anda buscando! De modo que...

—¡Maldita sea! ¡No rompas el barril, o te rompo la cabezota!



—¡Quieto! Si das un paso, te dibujo mi nariz en el cuerpo con este lápiz rojo.

—¡Quieto! Si das un paso, te dibujo mi nariz en el cuerpo con este lápiz rojo.

—¡Eres un cobarde!

—¡Anda, no pierdas el tiempo! ¡Vete y dile a tu amo que suelte las amarras ahora que hay brisa, que yo se lo aconsejo por su bien!

Pedro volvió iracundo al yate, y le contó a Juan el acto de salvajismo de Bernardo, indignándole tal suceso.

—¡Quiero conocer a ese que tan brutalmente se opuso a que nos aprovisionáramos de agua!—exclamó, recordando al propio tiempo la repetida alusión que Margarita hiciera la víspera, hablando con él, a un tipo sin conciencia.

Sin arma alguna trasladóse Juan del yate a la playa.

Margarita desbordó su alegría al divisar al capitán en el bote que se dirigía a la isla, y le salió al paso al llegar él en ella.

—¿Volvió usted, capitán?...

—¡Algo me ha obligado a ello!

—¿Algo? ¿Y qué es?...

—Usted autorizóme ayer a tomar agua de su depósito, y acaba de decirme mi marinero que se la han negado y, además, que alguien ha destrozado nuestro barril. ¿Quiere usted explicarme?...

—No siga, capitán. ¡Fué el desalmado Bernardo, ese monstruo que nos persigue con sus brutales amenazas y nos tiene amedrentados!

—¡Quisiera conocer a esa fiera!

—¡No, capitán! ¡No se comprometa usted!

—¡Margarita!—llamóla Bernardo, que estuvo al acecho.

—¡Es él!—dijo la joven a Juan.

Bernardo separó a Margarita del marino, y midió a éste con rencor.

Predispuesto a dar una lección al miserable, Juan encarósele con firmeza.

—¿Fué usted el que nos rompió el barril?

—¡Sí, porque nadie aquí puede llevarse nada sin que yo lo autorice!

—¡No toleraré jamás imposiciones faltas de toda lógica y le advierto que no me gusta tampoco su modo de hablar!

—¡No trate usted de apropiarse lo que no es suyo y no tendrá necesidad de oírme!

—No quiero entrar en discusiones. ¡Lo único que ha de saber es que yo personalmente vendré a aprovisionarme de agua!

—¡Ni agua ni lo otro que usted anda buscando ha de llevarse de aquí!

—¡Pronto hemos de verlo!

—¡Lo que hemos de ver es como se marchan ustedes de la rada, antes de que ciegue de cólera y acabe con todos!

—Con violencias no logrará usted nada. Y si quiere guerra, le prometo que la habrá. Yo no apetezco otra cosa de aquí que agua. Conque ya lo sabe: luego vuelvo con otro barril... y allá veremos si se atreve usted siquiera a tocarlo.

Margarita habíase acercado a la playa, para que Juan le hablase antes de partir, mientras Bernardo, tranquilo respecto a las intenciones de Juan—pues le había dicho que sólo le interesaba el agua de la isla—, calmaba sus excitados nervios a la idea de que no existía el peligro que él temiera al aparecer el desconocido en el lugar.

Juan vió a Margarita, y tuvo el deseo de ir a interrogarla, pero un nuevo arranque de la misantropía que esclavizaba su alma, lo alejó de ella.

Margarita lo llamó a su lado y le dijo:

—¿Por qué huye usted, cuando yo tanto ansío que hablemos?... Dígame, ¿de dónde es usted?

—Juan se *resignó* a complacer a la primorosa flor silvestre, y respondió:

—De Boston. ¿Conoce usted esa ciudad?

—Yo no conozco nada... Nací en este caserón y de aquí no he salido.

—Debe usted aburrirse soberanamente.

—¡Oh, sí! ¡Soy muy desgraciada, capitán!... ¡Yo no conozco más que a mi abuelito y a ese horrible Bernardo y no tengo otro amigo que mi perro!

—Es una lástima, porque es usted muy joven para vivir en esta soledad de anacoreta. En fin, el mundo tiene sus cosas raras... como todos las tenemos... No le toca más que tener paciencia.

—¿Por qué no es usted tan cariñoso conmigo, como yo lo soy con usted, capitán?

—Es mi carácter... No me gusta perder el tiempo...

—¡Pero sea usted generoso! ¡Quédese unos días fondeado en la rada!... ¡Es tan tranquilizador tener compañía!...

—Habla usted como una niña...

—No sé hablar de otro modo... Lo que quie-

ro decirle es que no se vaya. ¿Verdad que no nos dejará, capitán?

Juan había atraído a sí el gentil cuerpo de Margarita... pero reaccionó. Aquello no era más que una ilusión pasajera que debía morir al nacer. Por eso, convencido de ello, contestó al tierno capullo:

—Es imprescindible que zarpe mañana al amanecer.

—¿Mañana?

—Sí... al despuntar el sol.

—¿De veras?—rumoreó ella.

—¡Adiós!—terminó él.

*
**

Juan no cumplió su palabra. No partió al amanecer la nueva aurora. No tuvo valor para hacerlo. ¿Por qué? No lo sabía. El caso era que durante todo el día no logró eximir su pensamiento del recuerdo de Margarita, esa flor del camino que le ofrecía con hechizo pueril sus frescas galas.

Así llegó el véspero, lleno de poética influencia melancólica en el mar.

Margarita dió a entender, desde lejos, a Juan, que fuera a buscarla, pues tenía deseos de ver su barquito, y con suma complacencia prestóse él a satisfacer su capricho.

El corazón de la adolescente le decía que en Juan hallaría su salvación, y a él se dirigía ella sin recelos, con el alma entera.

Pedro maliciaba algo inesperado...

—¡Qué ordenadito y limpio lo tienen todo!...

¡Cómo me gustaría que fuese así mi casa!—decía Margarita curioseando en el yate.

Como la brisa invitaba a ello, Margarita obtuvo de Juan que la llevase a dar un paseo marítimo... y una hora bastó para que los amplios horizontes del mar concretaran en el alma de Margarita, los íntimos anhelos de libertad inexpresos hasta entonces.

—¡Libre, por fin me siento libre!...

Juan la contemplaba en silencio.

—¡Es muy bello el mar, pero es tan profundo y dilatado que me parece tenerle miedo!...

—Pues no tema... que yo estoy a su lado...

—¡Oh, si siempre fuera así!

Calló Juan... y soñó Margarita oreada por la brisa...

Al regresar a la rada, Juan, dominado por la ingenuidad de Margarita, se sintió por vez primera amable y expansivo.

—¡Qué feliz debe ser usted, capitán!... ¡Cuánto le envidio!...

—No soy digno de envidia, sino de lástima... Desde que murió mi esposa no he tenido un momento feliz... La viudez me concedió una libertad que para nada me sirve. ¡Yo soy como un barco al que no esperan en ningún puerto!

—¡Pobre capitán! Usted necesita olvidar... Comprendo su tristeza... Y parece usted tan bueno...

—¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué no sigue?...

—¡Es muy tarde! Bernardo debe estar en

la playa esperándome. ¡Llegué a olvidarle!
¡Regresemos pronto!

—Como usted quiera. Yo mismo la acompañaré.

—Prométame antes que no hará caso de Bernardo, si se atreve a salir a ofenderle porque he aceptado su compañía.

—Se lo prometo.

En un bote, y bajo la vigilancia de Pedro, que lo había oído todo, Margarita regresó, con Juan, a la playa.

Bernardo los esperaba, cuchillo en mano, pero Margarita le disuadió de su intento de presentar querrela a Juan, diciéndole que había sido ella quien rogara al capitán que la llevase a dar un paseo en su yate.

Mucho le costó a Juan aguantarse ante las retadoras miradas de Bernardo, pero se impuso serenidad para evitar un disgusto a Margarita con una pelea.

De vuelta en su yate, Juan ensimismóse profundamente.

La verdad era que la simpatía propia de Margarita, la compasión que inspiraba y tal vez un sentimiento nuevo que ella podía haber sugerido, libraban en el alma de Juan, ruda batalla con su misantropía...

Pero Juan, sintiendo que la vida sería más poderosa que su voluntad de apartarse de Margarita, en un momento de fortaleza de ánimo, optó por la fuga.

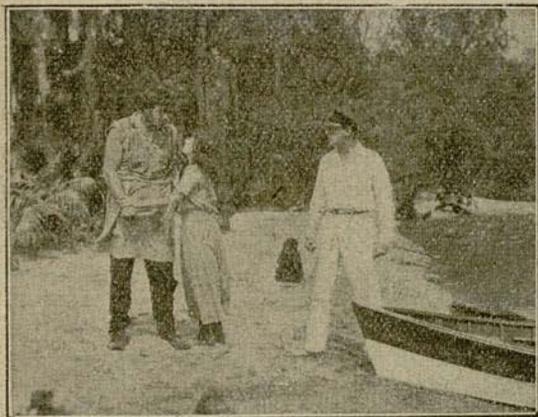
—¡Apareja para que salgamos en seguida!
—ordenó a Pedro.

—(Eso es un misterio)—murmuró el ayudante.

Entretanto, Bernardo hacía protestas de su pasión a Margarita.

—¿Por qué huyes de mí?... ¿Por qué no me quieres?...

—¡Si sigues hablando así, me obligarás a huir, Bernardo!



Bernardo los esperaba, cuchillo en mano, pero Margarita le disuadió de su intento de presentar querrela a Juan...

—No digas eso, Margarita... ¡No digas eso, si no quieres que enloquezca!... ¡Yo te amo más que a mi vida!... ¡No pienses jamás en huir!... ¡Si lo intentares, sucedería algo terrible!

—¡Huya o no huya, te odiaré siempre!

Y Bernardo, un infeliz al margen de la vida por su malaventura, derramó lágrimas ante el desdén de Margarita.

La amaba como un demente. A su modo, claro está, pero era la primera dicha que sentía en su vida.

Un caso de pasión lamentable para la que la inspira.

*
* *

Una vez más había huído Juan de la vida para internarse en el mar inmenso, solo y amargo como su alma.

Una vez más Margarita—y ésta con mayor tristeza—, se veía sola, sin esperanza de romper la soledad que la marchitaba...

Pero ahora el misántropo sentía que también había huído de él, el alivio que antes le proporcionaba la soledad...

Y llegó a vencerse a sí mismo:

—¡Pon proa a tierra, Pedro!... ¡Quiero fondear otra vez en la rada!

—(¡Eso ya lo sabía yo!)—exclamó Pedro.

Horas después, Juan se hallaba de nuevo en la isla y buscó en ella a Margarita.

La encontró muy triste, acurrucada en la cima de una roca, con la vista perdida en el suelo.

—¡Margarita!—pronunció él.

—¡Oh, Juan! ¡Temí que se iba usted para no volver!

—¡Esa fué mi intención, pero hay algo en mí que me obligó a regresar!

—¡Yo le esperaba, capitán!

—Lo presentí, Margarita... y no pude seguir adelante...

—¡Recé desde que le vi alejarse de mí por que volviera!

—¡Mi buena niña!

—¡Teniéndole a mi lado me siento tan segura... tan dichosa!...

—¡Quiero decirte algo, Margarita! ¡A ti sola! Sin que se entere siquiera el mar que baña nuestras plantas...

—Venga conmigo, capitán... Aquí podría espiarnos ese maldito Bernardo...

Juan dejóse conducir por Margarita hasta el interior de una choza abandonada, que servía de guarida a la abundante y variada fauna de la costa, y en ella, a solas, dos almas turbadas por un mismo deseo, tejieron un canto al supremo anhelo de la vida.

—¡Te amo, Margarita, te amo!...—estalló el corazón de Juan.

Y la doncella, rendidamente enamorada, dejóse mecer en los brazos del único ideal.

—¿Qué otro sentimiento puede haber nacido en ti, que no sea el del amor, Margarita?—prosiguió Juan.

—¡Si pudiera irme con usted, capitán, qué feliz me sentiría!

—¡Esta misma noche te irás conmigo!

—¡Esto no es posible! Si Bernardo...

—¡No temas nada!... ¡Yo os libraré de él!

—¡Oh, no! No quiero que se exponga usted... Mejor será buscar el modo de huir sin que él se entere... porque ese hombre es un delincuente perseguido por la justicia y tiene entrañas de monstruo.



—¡Te amo, Margarita, te amo!

—¡No le temo!

—Es necesario temerle... Prométame obrar con prudencia. ¡Anoche me juró que mataría a mi abuelo si yo intentaba fugarme!

—¡Pues bien; fíngete amable con él y dile

que yo me marchó esta misma noche!... Cuando puedas, ven a la playa con tu abuelo.

—Así lo haré...

—¡Repítame antes de separarnos hasta la noche, que me quieres, Margarita!

—¡Yo sólo sé, capitán, que usted es toda mi ilusión, que quisiera no apartar nunca mi pecho del suyo, y sentirme siempre presa entre sus brazos!

—¡Mi niña, mi niña querida!

Y sonó el dulce chasquido de unos dulcísimos besos...

Margarita puso al corriente a su abuelo de lo convenido con Juan, y preparó con él la fuga.

Sin embargo, Bernardo no dormía y presentóse en la casa a tiempo de evitar la huida de sus dos víctimas.

—¡Conmigo no sirven engaños!... ¡Ya te dije lo que te ocurriría si tratabas de escaparte!...—gritóle a Margarita.

La doncella quiso escapar a su garra, mas Bernardo le rodeó el cuello con un brazo para inmovilizarla.

El abuelo pretendió rebelarse al miserable, pero su tardío arranque de energía le valió unos brutales puñetazos a causa de los cuales cayó exánime al suelo.

—¡Y tú, ingrata, vas a ver cómo de mí no se ríe ese marino del infierno! ¡Por esta noche, y mientras él siga en la rada, permanecerás encerrada en una habitación de arriba!

—¡Te odio, te odio, infame!—clamaba la infeliz.

Mientras, Juan esperaba impaciente a Margarita con el anciano.

En vista de su tardanza, y temiendo que les



El abuelo pretendió rebelarse al miserable, pero su tardío arranque de energía...

hubiese ocurrido algo con Bernardo, decidió llegarse hasta la casa, armándose previamente.

Con toda clase de precauciones entró en la silenciosa mansión y el hecho de ver yacente en tierra al abuelo, dióle a entender que el sal-

vaje se había enterado de los proyectos de Margarita.

Bernardo oyó pasos en la escalera que conducía a las habitaciones altas, y dispuesto a quitarse de enmedio a su rival, le tendió un lazo.

Pero Juan había visto su sombra reflejada en la pared, y arremetió contra el bandido.

Ruda fué la lucha. De muerte. Sonaron varios disparos de arma de fuego. Uno de ellos dió en una lámpara y desparramóse el líquido combustible inflamado por el suelo, produciéndose un rápido y formidable incendio.

Bernardo cayó sin sentido bajo un certero golpe de Juan, que aprovechó la ocasión de liberar a Margarita de su encierro y ligaduras, huyendo juntos hacia la playa.

Bernardo, recuperándose, lanzóse en persecución de los fugitivos, disparando en dirección a ellos con ansia de exterminio.

A duras penas pudieron alcanzar Juan y Margarita el yate, pero los disparos de Bernardo arreciaban y la marea baja imposibilitaba la partida de la embarcación.

Pedro mniobró con terrible inquietud hasta que la sonda indicó cinco pies de profundidad, y a pesar de haber recibido un balazo en un hombro no se movió del timón.

Ya se movía orgulloso en la inmensa llanura el yate, fuera del peligro de la marea.

Ya no se oían más disparos.

Sólo llegaba hasta ellos el rumor de unos ladridos de triunfo.

Dábalos Yaks, el perro favorito de Margarita. Fundada era su alegría... Habíase vengado y vengado a los demás de las infamias de Bernardo, hiriendo sus carnes con sus dientes y empujándolo al agua, en cuyo fondo, falto de fuerzas, pereció ahogado.

El caserón ardía en la noche con resplandores de redención.

Margarita y Juan contemplaban las luminarias que ascendían al Cielo, con una pena muy honda en el pecho, por la muerte del anciano maníaco.

Pedro sufría por su herida, afortunadamente sin gravedad.

Y la noche fué triste para todos.

Pero desde el nuevo amanecer fueron disipándose las sombras oscuras, y la luz de la vida fortaleció los ánimos.

Y de las cenizas de la tragedia surgían dos vidas nuevas. Quemáronse la soledad y la misantropía y nació el piloto que mejor conduce la nave de la felicidad a buen puerto.

Susurraba la brisa que ese piloto era Amor.

FIN

(Prohibida la reproducción)

Sometido a la previa censura militar.

PRÓXIMO NÚMERO: La grandiosa producción de la First National Attraction (Grandes Exclusivas Gaumont)

LA CARTA

Delicadísimo asunto que contiene un consejo para todos los humanos. — Novela dedicada a las novias y a las esposas.

Protagonista: *La infidelidad conyugal del marido depende, muchas veces, del escaso talento de la mujer.*

El genial LEWIS STONE, el artista mercedamente de moda.

Postal-fotografía-regalo: J. W. KERRIGAN — Precio 25 céntimos